

Hojas de antropología social

(Resumen de la información facilitada por el Departamento de Antropología Social de la Universidad Complutense).

Simposio en La Coruña

Organizado por la Asociación de A. S. y patrocinado por la Diputación provincial y demás Entidades colaboradoras, a primeros de diciembre de 1987, se reunía en el pazo de Mariñán un grupo de especialistas llamados a intercambiar ideas sobre lengua y cultura, en su variedad de enfoques teóricos y de metodología. Asistieron a las sesiones profesores, investigadores de diversas procedencias y una representación abundante de profesionales y estudiantes de la Universidad gallega.

Primeramente **James Fernández** (Universidad de Chicago), a propósito del método léxico en el caso lingüístico-cultural de Asturias, mostró las posibilidades de una actividad simbólica fundamentalmente distinta de las planteadas en las escuelas del cognitivismo; en vez de unos esquemas formales propios del investigador que se han de llenar con contenidos semánticos nativos, trataría de empezar atendiendo a las palabras del diálogo con nativos hasta detectar términos que actuaran como clave para comprender el significado. La comunicación de **G. Cardona** (Universidad de Roma), en busca de rigor formal en el análisis, es propia de una escuela etnolingüística. **Rodríguez Campos** (Universidad de Santiago) hizo varias sugerencias sobre el particular, mientras **Alvarez Munárriz** (Universidad de Murcia) subrayaba la crisis del análisis lingüístico apoyado en el lenguaje ordinario, cuando su contenido pudiera admitir la investigación cibernética.

J. P. Etienvre desde una óptica de filólogo y **Honorio Velasco** (U.N.E.D.) desde el punto de vista de la Antropología simbólica, manifestaron sus inquietudes respecto a la relación entre el texto y la palabra. También fue objeto de análisis la relación entre lenguaje e identidad, tal como se da en esas pequeñas Torres de Babel para los hijos de emigrantes, a veces como en Bruselas, confundidos por el uso de tres idiomas y por las modalidades culturales. **M.^a Dolores Rodríguez del Alisal** subrayaba otros aspectos de identidad japonesa y **Fernández de Rota** (Universidad de Santiago) insistía en

los niveles de traducción interna de los sujetos multilingües, a efectos de traducir todas las lenguas y culturas humanas.

Otra comunicación de **Anthony Cohen** se refería al dialecto *Whalsa*, para destacar el carácter funcional del pasado histórico en una isla escocesa, evocado a través de las características dialectales orgullosamente conservadas. La historia se contempla como evocación imaginativa constituyente de la propia identidad. Este sería el tema central del simposio, cerrado con las reflexiones de **Lisón Tolosana** en torno a dos metáforas, *Siglo de Oro* y *Decadencia*, con análisis minucioso de numerosos textos de autores españoles.

Jornadas de Sigüenza

Durante los días 4 y 5 de marzo tuvo lugar en Sigüenza el cuarto simposio anual organizado por la Cátedra de Antropología Social. Participaron en los debates, como ponentes o comentaristas, una quincena de antropólogos e historiadores franceses y españoles.

El ámbito del debate se centraba donde confluyen los intereses de la Historia y de la Antropología, de manera que se habló del empeño de antropologizar el estudio de la Historia, y a la inversa, sobre la necesidad de construir una antropología menos ajena a los métodos y preocupaciones de la historiografía. Pocos dudan, a estas alturas, de lo inexcusable que resulta el acercamiento, tanto en el nivel de la teoría como de la práctica investigadora, entre estas dos ciencias sociales. Existe acuerdo en las metas a alcanzar; mas difícil es determinar cuáles son los caminos a seguir para alcanzarlas.

En la primera de las sesiones celebradas, intervinieron como ponentes los profesores **Nathan Wachtel** (EHESS de París) y **Joan F. Mira**, catedrático de griego (INEM de Castellón de la Plana). Wachtel habló sobre Antropología, Historia y Etnohistoria, haciendo referencias específicas a su trabajo de investigación sobre los Urus de Bolivia. Se ha combinado el uso de documentación archivística e historiográfica, con la encuesta etnográfica sobre el terreno. Esto da lugar a una suerte de etnohistoria (lo que Marc Bloch denominaba *historia regresiva*) una historia «a contrapelo», remontrándose en el tiempo. A partir de lo que del pasado permanece en el presente, uno se esfuerza en reconstruir el devenir histórico en toda su complejidad. En el trabajo de investigación entre los Urus, la encuesta sobre el terreno ha servido para estudiar la lógica de organización dualista que subyace a la cultura Uru. El trabajo propiamente historiográfico ha permitido conocer en detalle el proceso por el que, a partir del XVI, el pueblo Uru ha quedado reducido a una insignificante minoría entre sus vecinos Aymara. De no darse una estrecha colaboración entre la historia y la etnología, nuestro conocimiento se vería muy limitado.

Mira propuso aplicar ciertos conceptos de la moderna antropología, del área mediterránea, en la interpretación de algunas obras clásicas. Para ello entresacó e interpretó, de forma muy sugerente y erudita, párrafos de la obra *Los Trabajos y los Días* de Hesíodo. De la misma manera, un mejor

conocimiento de las fuentes clásicas, ha de servir para enriquecer los análisis etnológicos de las culturas y áreas correspondientes. No se trata de afirmar la existencia de continuidades en un período tan largo de tiempo, sino de preguntarse sobre lo que significan. Temas que son centrales en la esfera de los valores en las sociedades campesinas del Mediterráneo actual, aparecen de manera reiterada en la obra de Hesíodo: La discordia como impulso competitivo. La Justicia como ideal superior, que sin embargo es continuamente traicionado por los poderosos. La mujer como fuente de todos los males, peligro permanente para la fama del varón. La Historia como proceso de degradación a partir de un pasado idealizado. La visión de una sociedad real que no es sino el negativo de la sociedad ideal. El trabajo, no como virtud en sí, sino como medio para adquirir riqueza, virtud y prestigio.

En la sesión de mañana del 5 actuaron **Emmanuel Terray** (EHESS de París) y **Honorio Velasco** de la UNED. Terray disertó sobre el tema en el Mundo Africano, donde la colaboración entre historiadores y antropólogos es, si cabe, más necesaria que en otros lugares. Las fuentes orales y escritas, dispersas y en su mayor parte externas, se entremezclan e influyen profundamente. En el ámbito africano, numerosas fuentes escritas han sido puestas al día, pero las mismas suelen estar afectadas por sesgos específicos que deben ser tomados en consideración; mientras que, las orales son en ocasiones de una factualidad notable, y una valoración crítica permite reparar sus deformaciones y lagunas para un aprovechamiento historiográfico. Ninguno de los dos tipos de fuentes debe ser privilegiado en detrimento del otro. Si bien los distintos datos y fuentes exigen tratamientos metodológicos diferenciados.

Velasco habló sobre el valor y significado de la tradición oral, no sólo en lo que toca al estudio de las sociedades ágrafas, sino también aquellas con tradición escrita paralela. La tradición como proceso se basa en la alternancia de roles entre una audiencia y un locutor. Tal alternancia no es posible entre miembros de distintas generaciones, pero sí cuando se trata de miembros de la misma generación. El proceso de transmisión oral se configura sobre textos con muchas salvaguardas de memoria.

En la sesión de la tarde fueron ponentes los profesores **J. A. Fernández de Rota** y **Bernard Vincent**. El primero habló de un proyecto de investigación en marcha, que tiene por objeto la ciudad gallega de Betanzos. Fernández de Rota pretende analizar cuál es la visión de la historia local que tienen los distintos grupos sociales de la ciudad, y cómo la historia, a través de estos proyectos, se convierte en modelo para el futuro.

Bernard Vincent, con su ponencia sobre las posibilidades de colaboración, abogó por la práctica de una *antropología histórica*, que podría ser culminación de lo que ha dado en llamarse historia de las mentalidades, o exploración de las lógicas que guían los comportamientos colectivos menos voluntarios y menos conscientes.

Hoy más que nunca la combinación creativa, el ir y venir entre el trabajo de archivo y la encuesta sobre el terreno, es necesario e incluso insoslaya-

ble, y esa estrategia y práctica investigativa enriquecerá ambas disciplinas implicadas.

Actividad docente e investigadora

Carmelo Lisón Tolosana, aparte de las funciones que le corresponden como Director del Departamento, prosiguió su labor de conferenciante en el extranjero, en París (Museo de Artes y Tradiciones populares), en Bolonia y en varias Universidades japonesas; además dio un cursillo en la Universidad de Roma La Sapienza. Sus investigaciones sobre creencias en Galicia, se complementan con las prácticas de campo. Director de tesis, compilador de textos, autor de dos prólogos, ha escrito entre otros los artículos siguientes:

- «Las Españas de los españoles», C.I.S., n.º 40, octubre-diciembre, 1987, págs. 45-72.
- «Variaciones en agua ritual», en Archivo per L'Anthropologia e la Etnologia, vol. LXVII. 1987, págs. 153-182.
- I «Locí» dell'antropologia sociale. Revista L'Uomo, vol. X, n.º 2, 1986, págs. 225-247 (Aparecido en 1987).

A continuación damos varias notas sobre la actividad del profesorado en el Departamento de Antropología Social (Facultad de Ciencias Políticas y Sociología).

● José Luis García García, curso de Doctorado sobre Antropología cognitiva en Santiago de Compostela, Director de la investigación y trabajos de campo sobre rituales vigentes en España.

Ha publicado:

- El discurso del nativo sobre su propia cultura. Análisis de un Concejo asturiano en *Fueyes dixebraes de lletres asturianas*, n.º 23, págs. 113 y siguientes.
- El tiempo cotidiano en Villanueva de Oscos en *Enciclopedia temática de Asturias*, tomo 9, págs. 17-38.

● José C. Lisón Arcal realizó, por encargo de la U.I.M.P., una investigación de identidad cultural sobre la Semana Santa en Cuenca. Prepara nuevos trabajos para el Instituto de Estudios Altoaragoneses; además de sus ponencias, apuntemos este artículo:

- La situación de la mujer en los valles altos oscenses. Perspectiva de un cambio, en Actas de las VI Jornadas sobre Cultura Popular Altoaragonesa.

● Ricardo Sanmartín Arce, Catedrático de Historia de la Antropología Social y encargado de un curso de Doctorado, colabora en las investigaciones de campo sobre Familia y Sentido en el País Valenciano. Ha publicado *Cultura y naturaleza humana* (a incluir en Antropología Social sin Fronteras).

● Jesús M.^a Vázquez Rodríguez está investigando respecto a la oferta de empleo en el sector de las nuevas tecnologías de la Información, y por otra parte estudia las sectas religiosas en España y varios aspectos relativos a prensa y droga, contribuyendo al estudio sobre reinserción de toxicómanos realizados recientemente. Ha publicado *Realidades en claves antropológicas*, Madrid, 1988, en calidad de Director y coautor. Además de los cursos de Doctorado y de su labor de conferenciante, ha presentado ponencias sobre las materias antes indicadas y ha dirigido varias tesis.

● Andrés Barrera González, en la asignatura de Antropología Social de España, investiga sobre rituales colectivos, sociabilidad e identidad en Puente Genil (Córdoba). Ha sido becado por la Fundación del Amo para el estudio de las relaciones etno-raciales en la América española y portuguesa.

● Rafael Díaz Maderuelo, titular de Antropología Cultural y cursos de Doctorado. Entre otros artículos publicados, anotaremos el siguiente:

- Persistencia ideológica y cambio social: Reflexiones sobre la religión de los mayas clásicos, en colaboración con Miguel Rivera Dorado en *Revista Española de Antropología Americana*, vol. XVII, págs. 107-115.

Es autor del libro *Francisco de Orellana*, Ed. Historia 16, Madrid, 1987, y además de su labor de conferenciante ha participado en seminarios sobre Organización Social, metodología y otros.

● María Cátedra Tomás, conferenciante en la semana de Cultura Tradicional de Luarca, realiza estudios de Antropología simbólica en Avila. Es autora del libro *La Muerte y otros mundos*, Júcar Universidad, 1988. Anotemos también este artículo:

- Simbolismo. Teoría del Símbolo. Antropología Simbólica, en *Terminología Científico-Social*, Anthropos. Barcelona, 1988.

● Tomás Calvo Buezas ha extendido su actividad a cuestiones singulares relativas a marginados, minorías étnicas, gitanos, subculturas, refugiados, hispanos en los EE.UU. Ha contribuido con los artículos a la *Terminología Científico-Social* de Anthropos, y ha participado en numerosos cursos, conferencias y reuniones, incluso en el congresillo universitario sobre expresiones culturales de los hispanos. Ha obtenido una ayuda de la Dirección General de Acción Social para investigar respecto a los prejuicios de escolares y profesores ante otras culturas.

● Miguel M.^a López Coira, profesor titular, colabora en investigaciones sobre la delincuencia, así como en la de Rituales vigentes en España; además, se propone estudiar el simbolismo y segmentación social en un pueblo de Lugo. Entre otros artículos ha publicado:

- As mañanitas de Murias. Fiesta, simbolismo y segmentación social, en R.D.T.P. XLII, pág. 141-177.
- Factores familiares y delincuencia, en *Delincuencia*, vol. I, págs. 255-278.

● Rafael Llavona Uribelarrea, en la asignatura de Antropología, con clases teóricas y prácticas, trabaja en la recuperación de los fondos de la Fundación Simarro. Ha publicado, en colaboración con J. Campos, *Los orígenes de la psicología científica en España* (Madrid, 1987), edición y prólogo.

● Beatriz Moncó, además de lo indicado en otro lugar y de varios artículos a punto de publicarse, participó de enero/87 a junio/88 en el seminario sobre «Creencia y conocimiento» en la Facultad de Filosofía y Letras.

● Juan Oliver Sánchez Fernández prosigue su investigación de campo sobre estrategias de producción pesquera en Cudillero (Asturias). Ha publicado los artículos de Paleoantropología y Antropología cultural para la *Enciclopedia Temática de Asturias*, Gijón, 1987, y además:

- Estrategias económicas entre los vaqueiros de Alzada del concejo de Somiedo, en *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos*, n.º 125, págs. 189-213.

● Rosario Otegui Pascual presentó el resultado de su investigación para el Instituto de la Mujer relativo a «El trabajo doméstico. Análisis de su cualificación y procesos de aprendizaje».

● Antonio Ristori, autor de varias comunicaciones y conferenciante, trabaja en dos zonas de investigación, en una comarca de La Serena (Badajoz) y en un pueblo del litoral de Cádiz.

● Secundino Valladares Fernández, profesor titular, ponente y conferenciante sobre varios temas, informó sobre la actividad del Departamento en el resumen publicado en *Prace etnograficzne* n.º 23 (Universidad de Varsovia), 1987.

Participación en Congresos

Prescindimos de numerosas intervenciones en reuniones de distinto carácter, semanas, conferencias, etc. y nos limitamos a una simple apuntación de asuntos.

En el IV Congreso de Antropología, Alicante, abril de 1987, Díaz Maderuelo presentó su ponencia sobre la religión maya. López Coira, por su parte, aludió a las aportaciones de Rafael Salillas en materia de Antropología Criminal y a otros estudios sobre delincuencia. Lisón Arcal trató de Antropología Visual.

En el IV Congreso Iberoamericano de Antropología en Las Palmas, noviembre de 1987, donde participó también Ristori con su comunicación sobre «Imagen, persuasión y consumo», Llavona, en colaboración con J. Bandrés y J. Campos, trataron de «La eficacia objetiva de la oración» y en particular de la oración en Francis Galton. Los mismos profesores presentaron el tema de «El Dr. Simarro y los tests de inteligencia» en el I Congreso de Historia de la Psicología, Madrid 1988.

Ricardo Sanmartín participa en el Congreso sobre «niveles de Identidad», en la Universidad de Roma, mayo 1988.

Tesis

Francesc LLOP BAYO: *Las Campanas en Aragón. Un medio de comunicación tradicional.*

El trabajo se compone de dos volúmenes diferenciados. El segundo contiene un conjunto de veinte monografías sobre los campaneros y sacristanes de otras tantas localidades de la región; las monografías desarrollan un mismo esquema, comenzando por la vida personal de sacristanes y campaneros, siguiendo por la torre y sus campanas, las técnicas de trabajo, los toques, la organización del grupo, los motivos estéticos y los procesos de cambio. Este rico material etnográfico es objeto de una reordenación por temas, no ya por lugares geográficos, en el inicio de lo que constituye el primer volumen de la obra, donde se acomete la tarea de aplicar un modelo explicativo al fenómeno de los toques de campana. Está dividido en los capítulos siguientes: Fundición artesana y ambulante de campanas, Las campanas, Las técnicas para tocar campanas, Los toques de campanas, Los campaneros, Las normas litúrgicas y los toques de campanas, Las campanas en distintos procesos de comunicación, Las campanas y el tiempo, Las campanas y el espacio, Las campanas y la estructura social, Las campanas y la defensa de la comunidad, Torres y campanas como signos de identidad, El acceso y la propiedad de las campanas, El cambio social reflejado en las campanas, Motorización y restauración de campanas, El futuro de las campanas y Consideraciones finales.

No hablaban las normas litúrgicas de la forma sonora (combinación de sonidos) que debía corresponderse con el contenido de cada mensaje, pero dejaban claro qué tipo de mensajes se podían enviar a través de las campanas de la torre, toda vez que estaban determinados los usos a los que se permitía someterlas y los intervalos temporales dentro de los cuales debían ser objeto de esos usos. Así, Ferreres («Las campanas», 1910), señala los usos que se mencionan en este verso:

*Laudo Deum verum plebem voco, congreco clerum,
Defunctos ploro, nimbum fugo, festaque honoro.*

Y el Ritual Romano marcaba, por ejemplo, que el toque de agonía se empleara para que los fieles rogasen por la agonizante, del mismo modo que la señal de haber muerto servía para que «los que la oigan ruegen a Dios por el alma del difunto»... Los toques durante el traslado de la casa a la iglesia debían realizarse en el modo y forma acostumbrados en la localidad, a fin de convocar a los que han de asistir al funeral y entierro.

En «Las campanas en distintos procesos de comunicación», el autor diferencia los toques tradicionales de campanas de otros sistemas de percusión con los que guardan una cierta relación: carillones, tam-tam africanos y silbos gomeros. Los carillones son asimismo conjuntos de campanas, pero sirven primordialmente para interpretar música, mientras se supone que los toques en las torres aragonesas son más bien comunicación: «la melodía se sustituye por ritmo; la composición se convierte en mensaje». Los tam-tam africanos y los silbos de la Gomera, se asemejan en este aspecto a las campanas; la distinción más relevante entre unos y otras estriba en el hecho de que aquellos se basan en códigos que traducen o ajustan a golpes de tambor o a silbidos las palabras del lenguaje oral, en tanto que estas últimas «no reproducen frases orales, sino que transmiten categorías». Según Llop, los toques de campanas son el medio de comunicación de masas dominante en la sociedad tradicional; constituye su hipótesis de trabajo, que compara con otras interpretaciones que se han dado a partir de la de Needham (1967), el cual parece establecer una relación definitiva entre percusión y transición.

Se deduce que prefiere el concepto de comunicación a los de llamada o acompañamiento de ritos de transición, por ejemplo, porque se trata de un concepto más totalizador, en el sentido de que es capaz de comprender todos los toques de campanas, mientras que los otros sólo explican en parte algunos de ellos. Pero el autor no conecta teóricamente, al menos de una forma explícita, el concepto de comunicación con los de llamada, mediación o acompañamiento de los ritos de tránsito. Desde mi punto de vista, la conexión podría haberse realizado teniendo presente la idea de funciones de los mensajes; toda comunicación es ante todo transmisión de mensajes, dirigidos por los actores al cumplimiento de determinados fines o funciones (expresiva, conativa, representativa, estética, etc.), es más, raro es el mensaje en el que existe una sola función, aún cuando una de ellas se pueda considerar la dominante.

Algunas palabras de Llop sugieren que la exégesis de los toques de campanas como acompañamiento de los *rites de passage* o como llamada (para acudir a la iglesia o para cualquier otra cosa) se puede integrar dentro de su interpretación como comunicación (ésta simplemente iría «más allá»). Sin embargo, otras afirmaciones parecen señalar que llamada y comunicación son conceptos que apuntan a realidades distintas, aunque conectadas en algún punto; cuando en realidad lo que ocurre es que el primero concretiza una función del segundo.

En otro lugar (p. 191), el autor asegura que «no se puede decir que la percusión, en este caso las campanas, acompañen universalmente los ritos

de paso». Ciertamente, no todos los toques de campanas acompañan transiciones ni todas las transiciones van acompañadas de toques, pero algunos toques sí las acompañan, al menos en lo que concierne a las más ritualizadas y más importantes para el individuo dentro de nuestra sociedad: el nacimiento, el matrimonio y la muerte.

No pretendo poner en entredicho la idea de que la comunicación es el concepto capaz de comprender los toques de campanas; todo lo contrario, pienso que significa un gran paso adelante, y un gran mérito del autor, el haber hecho uso del mismo para explicarlos. Solamente quiero resaltar que para explotar por completo sus posibilidades hermenéuticas es preciso, además, tener en cuenta que los actos de comunicación se producen en una situación concreta y cumplen diversas funciones; ello es tan importante como el estudio de códigos más o menos generales de cara a acceder a los significados que determinadas formas sonoras adquieren para los agentes de la comunicación.

Llop sitúa los toques de campanas dentro de un *continuum*, en uno de cuyos extremos está la música, estética y transmisión de sentimientos de los carillones y en el otro la comunicación, códigos y transmisión de mensajes muy objetivos de los relojes de torre; y éste se presenta como un esquema de «acercamiento a diversos usos de las campanas». Aquí nos encontramos, al menos aparentemente, ante una oposición, esta vez entre música (estética) y comunicación (códigos); por tanto, no se puede sostener posteriormente que «percusión va unida a necesidades de comunicación», porque no cabe duda que los carillones son percusión. Tal es la conclusión lógica a la que es posible llegar tras la lectura del esquema y de esa última afirmación; ahora bien, a una conclusión diferente se habría llegado si se hubiera considerado la estética como una función más de la comunicación (dominante, junto a la expresiva, en los carillones) y se hubiera contrapuesto a la función predominantemente representativa de los relojes de sol, toda vez que queda fuera de controversia que éstos se emplean sobre todo «para comunicar, con pocos componentes, una serie de mensajes muy objetivos». El problema continúa estando en la conceptualización del término comunicación, en que implícitamente se está identificando comunicación con su función representativa.

Sea como fuere, nos encontramos frente a un minucioso, rico y sugerente trabajo; mis objeciones no han procurado en absoluto menoscabar su gran calidad, apreciable tanto en lo que concierne al material etnográfico recogido como al esfuerzo analítico desarrollado. Es especialmente interesante la lectura del Apéndice del trabajo, donde el autor nos informa, entre otras cosas, del uso etnográfico que ha hecho de tecnología puntera como el ordenador, el vídeo o el cine.

(M.^a Isabel Jociles Rubio)

Toma como objeto de estudio los diferentes ámbitos de interacción creadores de identidad (familias, barrios, pedanías, municipios, comarcas, región, grupos socio-económicos, socio-culturales, etc.), y se encamina, por un lado, a la búsqueda de los factores que pueden hacer comprensible la existencia y configuración específica de esos ámbitos y, por otro, a la exposición etnográfica de las formas verbales, simbólicas y rituales a las que se acude para expresar la identidad con los mismos.

Tras una presentación del medio físico y político-administrativo de la región, el autor emprende la tarea de mostrar el condicionamiento que las actividades productivas tradicionales (cultivos de secano, ganadería, huerta, pesca) ejercen sobre los tipos de poblamiento y la morfología de las viviendas. El aprovechamiento económico de los recursos naturales determina, asimismo, la participación relativa de cada miembro de la unidad doméstica en las labores productivas, el grado de colaboración y ayuda mutua que se prestan las familias vecinas, las modalidades de instituciones públicas relacionadas con el sector de la producción (Cooperativas vitivinícolas, Pósitos de cereales, Heredamientos y Sindicatos de Riego, Cofradías de Pescadores) y también el calendario de manifestaciones festivas de las comunidades. A lo largo de su exposición ofrece una interesante información etnográfica referida al cariz de clientelismo que adquieren las relaciones entre «amos» y aparceros, a la jerarquía que se establece entre ellas y a las negociaciones que el aparcerero entabla con el «amo» para que uno de sus hijos pueda sucederle en la explotación de la tierra.

Dos capítulos dedica al estudio de las fases del noviazgo y de las estrategias matrimoniales puestas en juego por las familias. Resulta en extremo curiosa una estrategia que en Murcia llaman «llevarse a la novia» o «salirse con el novio», según sea el sexo que se tome como referencia. Simulando un rapto de la novia, la pareja se fuga de casa con el propósito de precipitar la ceremonia de la boda.

Individuos y grupos se adaptan a las restricciones que les impone su medio, y el conjunto de rituales familiares y comunitarios se adecúa a los ritmos de las prácticas económicas. Viene después la descripción de las formas de organización y funcionamiento de las Cámaras Agrarias, Cofradías de Pescadores y de los Heredamientos y Sindicatos de Riego propios de la zona de huerta, sin olvidar el tema de la solidaridad, amén de los conflictos internos y externos que surgen alrededor de tales instituciones.

Una característica de la región es la existencia de grandes términos municipales (el de Lorca, con 1.600 km.², pasa por ser el más extenso de España). Estos municipios cuentan, dentro de su perímetro, con múltiples entidades constituidas por todos los tipos de poblamiento imaginables: vastos núcleos urbanos, pequeñas aldeas, caseríos de secano diseminados o casas asentadas sobre huertas de reducidas dimensiones. Las entidades de población poseen una fuerte personalidad individual, al punto de que bastantes de ellas mantienen contenciosos para conseguir su independencia respecto

al municipio que las engloba; en este contexto, la definición de los límites espaciales cobra una capital importancia.

A partir del capítulo que nomina «el tiempo de fiesta en las comunidades rurales de Lorca», comienza el estudio de la ritualización de la que es objeto la identidad con los diferentes ámbitos de interacción social. Donde vibra un intenso sentimiento de adscripción surge una fiesta, el autor nos habla de fiestas familiares, fiestas de barrios urbanos, fiestas de pedanías, fiestas que integran a todo el municipio, romerías que congregan a comarcas enteras o que ejercen su influencia aún fuera de las fronteras regionales. En cada fiesta particular encuentra su expresión la dialéctica de integración/segmentación que constituye el rasgo más relevante de la identidad. Es rica la etnografía que expone en relación a la Semana Santa de Lorca y Cartagena y al papel ritual jugado en núcleos urbanos y pedanías diseminadas por las Cuadrillas de Animas y los grupos de Auroros. Por último, hace un repaso de las fiestas populares y romerías de la región: la que conmemora la aparición de la Santísima Vera-Cruz en Caravaca, la Semana Santa de Cartagena en torno a Californios y Marrajos, las dos Cofradías rivales, la fiesta de la Purísima de Yecla, la de la *Noche del Niño* en Abarrán, la *Bajá de San Roque* en Ceutí, el traslado de la Virgen del Buen Suceso en Cieza, la procesión marítimo-pesquera celebrada por el Carmen en San Pedro del Pinatar, las peregrinaciones y romerías a la Fuensanta de Murcia, y otras.

Tras presentar los resultados de su encuesta en relación al grado de identificación de los murcianos con cada uno de los ámbitos, el autor acaba una revisión totalizadora de los principales temas que ha abordado hasta entonces de una forma más particularizada.

(M.^a Isabel Jociles Rubio)

Reseña de libros

Anthony P. COHEN: *Symbolising boundaries. Identity and diversity in British Cultures*. Manchester University Press, 1986.

La sociedad inglesa, al igual que el resto de las sociedades post-industriales del mundo occidental, responde al tipo de proyecto científico-técnico, cuya característica principal es su universal y programado modo de vida.

Los valores imperantes en este nuevo modelo de sociedad tecnocrática son: la organización burocrática, la racionalidad técnica, la legitimidad funcional, la eficacia, operatividad, mecanicismo, utilitarismo y programación. La cultura correspondiente a este tipo de sociedad es lo que se ha dado en llamar *cultura de masas*, definida por la uniformidad de los usos, hábitos y comportamientos sociales; por la desaparición del individuo como actor principal para dejar paso a las corporaciones y organizaciones que van a ser los nuevos sujetos de una economía y política cada vez más interdepen-

dientes y universales; por la integración social mediante el control del sistema educativo y complejos medios de formación y comunicación.

Como consecuencia de este nuevo modelo de sociedad, los criterios de identificación social que hasta ahora venían utilizándose para definir categorías y niveles se han visto radicalmente transformados. En primer lugar, la identificación social en base al espacio se hace cada vez más difícil: lugar de nacimiento, residencia, trabajo y tiempo libre ya no coinciden con frecuencia dentro de una misma unidad territorial. Se registra una disociación creciente entre el espacio de residencia y el espacio de trabajo, una movilidad mayor y un desarrollo de la selectividad en el uso del espacio. Cada uno de nosotros está ligado a varios espacios geográficos, a veces muy alejados unos de otros (lugares de trabajo, comensalidad, permanencia, diversión, estudio, etc.). El sentimiento de pertenencia a tales territorios es por todo ello, frecuentemente débil. El binomio rural/urbano va perdiendo progresivamente importancia, debido al desarrollo de los medios de comunicación que rompe las distancias entre el campo y la ciudad.

En segundo lugar, el trabajo como generador de riqueza desaparece en su significado de trabajo corporal, manual y es sustituido por el saber, la información y la producción intelectual. El fin de la civilización del trabajo y la aparición de la sociedad del ocio, cuestiona cualquier intento de estructuración social en clases, estratos o élites.

La progresiva reducción del tiempo dedicado a conseguir los bienes de primera necesidad, modifica también la percepción del tiempo social. Por una parte, el tiempo fuerte puede no estar situado en el domingo, día de «descanso» sino más bien en la semana, período de actividad principal de contactos sociales. Por otra parte, el domingo puede no estar asociado a la celebración de ceremonias comunitarias, sino más bien al agrupamiento selectivo en «privado» (familia, amigos).

Por otro lado, la tardía incorporación al mundo laboral de los más jóvenes, cambia sustancialmente los criterios de identificación de los grupos de edad. El paso de la juventud a la madurez venía marcado por la realización de un trabajo remunerado que les facilitaba su independencia económica y por la posibilidad de contraer matrimonio y crear su propia familia. Al retardarse la edad de incorporación al trabajo, se prolonga la dependencia respecto a su familia de orientación y la etapa de transición entre la infancia y la edad adulta se ve alargada. Lo mismo cabría decir del grupo de «los ancianos» o «mayores», cuyos límites de pertenencia se van ampliando cada vez más por las jubilaciones anticipadas.

Por último, la incorporación de la mujer al campo de la política, la economía y la ciencia, ha modificado la percepción de los roles masculinos y femeninos a nivel privado y público, en relación a la familia y la comunidad local.

Varios interrogantes plantea el análisis antropológico de la identidad, en sociedades altamente organizadas: en primer lugar ¿es posible plantear el tema de la singularidad y heterogeneidad cultural en una sociedad cuyas estructuras parecen provocar todo lo contrario, es decir, la homogeneidad,

uniformidad y standarización cultural? En segundo lugar, ¿qué criterios se pueden utilizar para describir y analizar categorías y grupos sociales cuyos miembros pertenecen a distintos sistemas de identificación? Este es el caso, por ejemplo, de los obreros mixtos y de los agricultores a tiempo parcial: ¿son obreros, ganaderos, empresarios, agricultores? Lo mismo ocurre con los trabajadores de la industria, que poseen un alto grado de cualificación y especialización y cuyas tareas de administración, control y gestión están más próximas a las que se desempeñan en el sector servicios que en el suyo propio.

En una sociedad donde el trabajo va a dejar de ser el centro de la vida del individuo y donde el Estado adquiere cada vez más responsabilidades, se dan situaciones difíciles de definir. Los jóvenes que han terminado sus estudios y no han logrado incorporarse al mundo laboral, pero que cobran un subsidio del Estado ¿son trabajadores, parados?, ¿se les puede considerar ya como adultos? Las personas que a los 55 años son apartados de sus puestos de trabajo, ¿se les puede estimar ya como miembros de las clases pasivas, al igual que los que han superado los 70 y 80 años?

¿Quiere esto decir que el problema de la identidad no tiene ya sentido en sociedades como las occidentales donde la programación de las formas de vida se presenta como la pauta dominante? No parece ser éste el planteamiento de los autores del libro que nos muestran, a través de sus investigaciones en las Islas Británicas, los modos tan variados como la gente define su inmediata e íntima identidad social, su sentido de similaridad y diferencia con otras gentes.

Desde experiencias etnográficas diferentes (familias de granjeros de Devonshire, pescadores irlandeses, comunidades de católicos y protestantes al Norte de Irlanda, nativos e inmigrantes en una parroquia del valle de Yorkshire, barrios periféricos al Norte de Inglaterra, pandillas de adolescentes de una ciudad industrial) los autores coinciden en la importancia que dan a las representaciones mentales, significados, interpretaciones y símbolos utilizados por los individuos para determinar las fronteras de su universo personal y social.

Frente a las reglas, normas y pautas de comportamiento de las sociedades desarrolladas, la identidad se manifiesta en la diferente lectura que de ellas hacen los actores sociales, pero esto sólo es posible en el ámbito de lo simbólico y no de lo estructural. Únicamente el simbolismo permite a la imaginación manipular entidades o conjuntos de entidades materiales o abstractas, unas veces para separar lo que aparece unido y otras, para agrupar lo que aparece dividido.

A través del proceso de simbolización, los miembros de la sociedad pueden expresar los límites de su individualidad y pertenencia a un grupo o comunidad determinada. Los símbolos, en palabras de Ed. Leach «aparecen en conjuntos y el significado de los símbolos particulares se deben encontrar en su oposición con otros símbolos antes que en el símbolo como tal». Esto es precisamente lo que les convierte en la mejor manifestación de diversidad y de identidad. La necesidad del contraste y de la oposición

para tener valor como símbolos, sitúa al nivel simbólico en posición ideal para significar, representar lo heterogéneo, particular y propio de una persona, comunidad, clase o entidad social como miembros de un conjunto o conjuntos.

El sistema simbólico que cada individuo o comunidad utiliza se va transformando y manipulando según los contextos. De ahí, la dificultad de utilizar términos analíticos como el de «comunidad» o de especificar los criterios que definen a un grupo como tal. Esto queda puesto de relieve a lo largo de cada uno de los trabajos de esta obra, sobre todo en la segunda parte, en los artículos de Adrian Peace, Edward D. K. Young, Scott K. Phillips y Simon R. Charsley.

El término comunidad incluye o excluye a determinados miembros y sectores, adquiriendo distintos significados y precisando de nuevas simbolizaciones. Este es el caso que expone Edward D. K. Young en el que uno de los barrios periféricos de Coaltown (ciudad al Norte de Inglaterra) que conserva la estructura tradicional de un pueblo, con casas de planta baja, jardines y huertos, se ve amenazado por los planes de urbanización del ayuntamiento de la ciudad. Ante el peligro de ver desaparecer la fisonomía rústica del área, sus habitantes forman una asociación de vecinos que consigue detener el proyecto por medio de movilizaciones y escritos a los medios de comunicación. Sin embargo, la unidad lograda gracias a la oposición conjunta de todo el barrio, se rompe con un nuevo proyecto de instalación de una industria de alimentación en una parte del barrio, en la que tienen intereses algunos miembros de la asociación de vecinos. Como respuesta surge una segunda asociación que se opone a la primera. Esta vez son factores internos y no externos los que provocan la división de la comunidad en dos maneras de entender la conservación del aspecto rústico del barrio, su cultura local y valores tradicionales.

Parecido es el caso que presenta Scott K. Phillips sobre una parroquia del Norte de Yorkshire. Dentro del mismo núcleo y según apliquemos unos esquemas u otros, aparecen diferentes maneras de entender la comunidad, los niveles de identidad y religación existentes en ella. Si consideramos el criterio del parentesco, nos encontramos con «la familia natal» y la «familia más lejana»; si aplicamos el criterio de la relación con la tierra y la agricultura, aparecen dos actitudes «la localista» representada por los granjeros y «la foránea» sostenida por los que desempeñan trabajos diferentes. En cuanto a la situación laboral, aparecen cuatro grupos: los nativos que pueden subdividirse en activos y pasivos; los inmigrantes, jubilados de la clase media de los núcleos urbanos más próximos. Según el uso que se haga del dialecto de Yorkshire, encontramos también situaciones diferentes.

Por último, atendiendo al grado de vinculación con la parroquia, sus habitantes realizan las siguientes distinciones: nacidos dentro de la parroquia / nacidos en otras parroquias; familias «antiguas» descendientes de varias generaciones / familias recién llegadas, con una o dos generaciones de antigüedad; forasteros avecindados hace ya tiempo / vecinos nuevos, recién llegados. Según utilicemos uno u otro criterio (parentesco, residencia,

profesión, uso del dialecto, nacimiento) la identidad comunitaria adquiere unas dimensiones u otras.

Sin embargo, puede ocurrir que estos criterios no sean suficientes para definir la identidad de los miembros de un determinado grupo. Este es el caso expuesto por Simon R. Charsley, sobre la ciudad de Glasgow, en la que la clase social, la religión, el espacio habitado, la lengua, las costumbres no son decisivas a la hora de delimitar la pertenencia o no a un grupo u otro. Por el contrario, lo que destaca es su ambigüedad, que hace difícil identificar a la comunidad como algo homogéneo, ya sea a la clase trabajadora, los católicos o protestantes, los antiguos o nuevos residentes, etc.

Los cambios que se producen en los miembros de un conjunto repercuten necesariamente en la totalidad, por eso cualquier término que sea expresión de «comunidad» o grupo de pertenencia ha de ser revisado constantemente, cuando uno o varios de sus elementos constitutivos han modificado su significado.

Hasta los años 60, inicio del proceso migratorio, resultaba fácil determinar la pertenencia al grupo en función del principio de nacimiento. «Los del pueblo» eran los hijos del pueblo, que nacían y vivían en él. En segundo lugar, el principio de residencia permitía a los que no eran hijos del pueblo pertenecer sin embargo, a la categoría de vecinos. En tercer lugar, los que no vivían ni habían nacido en el pueblo eran «los forasteros», los de fuera, de otra localidad diferente, comarca, provincia o región. Así, pues, teníamos tres categorías: los hijos del pueblo, los vecinos y los forasteros.

A partir de los años 60 y el inicio de la emigración, estas categorías semánticas sufrieron un profundo cambio de significado, al cambiar también su campo y sentido contextual. El término «forastero» es el que mayores transformaciones ha experimentado, puesto que su contenido se ha ampliado hasta comprender a los hijos del pueblo que no residen en él. Los forasteros ya no son sólo los no nacidos ni residentes en el pueblo. También se consideran forasteros a aquellos que habiendo nacido en el pueblo se marcharon a la ciudad y vuelven sólo por las vacaciones. Si bien se consideran forasteros respecto a los que se quedaron a vivir en el pueblo, no se pueden incluir dentro de la categoría general de forasteros; estos son «los forasteros del pueblo», término que designa el carácter híbrido de este nuevo grupo. En lugar de tres nos encontramos ahora con cuatro categorías de identificación local: hijos del pueblo, forasteros del pueblo, vecinos y forasteros. Esta nueva clasificación ha provocado cambios sustanciales en el sistema de relaciones sociales y en el proceso de simbolización de la identidad del grupo local. De esta manera, las fiestas patronales de verano se han transformado en las fiestas de los hijos del pueblo (residentes o no) y las fiestas del compatrón en invierno se han convertido en las fiestas de los vecinos del pueblo (nacidos o no en él).

La necesidad de adaptar los símbolos de identidad a los cambios que se van produciendo no es exclusivo de unidades sociales de cierto tamaño; la familia, la pandilla de amigos, los compañeros de trabajo, los vecinos de escalera, son también «comunidades» que ven transformados sus meca-

nismos de diferenciación y similitud con otras unidades. Así lo demuestran los artículos de Mary Bouquet, sobre las familias de granjeros de Devon, y de Allison James, sobre los grupos de adolescentes. El espacio doméstico en el primer caso y el estilo corporal en el segundo se manipulan por los interesados para delimitar, fijar las fronteras a partir de las cuales entra en juego el principio de inclusión/exclusión.

A pesar de las dificultades que surgen de este planteamiento, el tema de la identidad personal y social necesita ser investigado hoy más que nunca. En una sociedad donde todo parece que se nos da programado y planificado desde fuera, el hecho de reflexionar sobre nuestra propia y particular manera de ser, de comportarnos y actuar individual y colectivamente, puede ser positivo en el sentido de seguir manteniendo al hombre como principio y fundamento de la acción social y no como mero receptor de ideas y actitudes pensadas desde instancias externas, bien sea el Estado, los organismos superiores o corporaciones internacionales.

(Ana M.^a Rivas Rivas)

Lourdes SEGURA RODRIGUEZ: *Percusión e identidad (aproximación antropológica a nueve comunidades del Bajo Aragón turolense)*. Ed. Caja de Ahorros de la Inmaculada. Zaragoza, 1988.

Se pretende ofrecer una interpretación antropológica de los rituales de Semana Santa en las nueve poblaciones (Alcañiz, Calanda, Híjar, Alcorisa, Andorra, Albalate del Arzobispo, Samper de Calanda, La Puebla de Híjar y Urrea de Gaén) que componen la denominada «Ruta del tambor y el bombo». Si se echa una ojeada rápida a la obra, sorprende que más de la mitad de sus páginas estén dedicadas a asuntos que pueden parecer ajenos al tema. El asombro se desvanece cuando se lee con detenimiento el capítulo VII, orientado directamente al análisis y exégesis de la Semana Santa bajoaragonesa.

El capítulo III trata de la casa y la familia, el IV hace un exhaustivo examen del sistema de valores morales imperante en la zona, el V explica el proceso de socialización durante la infancia-adolescencia y los hitos más importantes en ese período enculturador, el VI está dedicado al estudio tanto sincrónico como diacrónico de las cuadrillas de amigos, y todos ellos proporcionan las claves para comprender la especialísima visión que tienen los tierrabajinos de sus fiestas además del relieve que durante las mismas adquieren ciertas instituciones. Así, verbigracia, vemos la razón por la cual todos los tamboreros y bombistas están integrados en «cuadrillas», grupos unidos por la amistad; las posibles causas de que cada estrato de edad tienda a valorar de un modo distinto la sangre que a algunos les brota de las manos, al palillar o macear sus instrumentos musicales; el fundamento de que se piense que las mujeres no podrán igualar nunca a los varones en el virtuosismo interpretativo o, para poner un último ejemplo, el motivo

por el que en un pueblo como Híjar, donde se excluye al sexo femenino del ritual de la percusión, las niñas pequeñas acompañen a sus padres en las procesiones tocando el tambor, mientras se les prohíbe hacerlo una vez cumplen la primera comunión.

Uno de los méritos de la obra de Lourdes Segura es el esclarecimiento de los modelos hermenéuticos que aplica y la explicitación de las dificultades que fue encontrando hasta hallar una interpretación que diera cuenta cabal de sus datos. De este modo, cuando estudia el sistema de valores predominante en el Bajo Aragón, centra su atención principalmente en los que están relacionados con el *honor*, la *honradez* y la *vergüenza*, confiesa su adhesión a los supuestos que guiaron las investigaciones a partir de J. Pitt-Rivers.

Por otro lado, declara los obstáculos con los que topó al pretender recopilar material etnográfico referente a determinados comportamientos de las cuadrillas; y no fue menor la dificultad que supuso poder reducir a su justo valor explicativo la tenacidad de los amigos en afirmar que «en la cuadrilla todos somos iguales», cuando la autora iba descubriendo que entre ellos existe una clara estructura jerárquica.

La obra de Lourdes Segura Rodríguez es meritoria por varias razones. No deja de declarar sus propias limitaciones y los obstáculos teóricos y metodológicos que se interponen en toda investigación social; en segundo lugar, en el tratamiento de algunos de los temas («las cuadrillas», p. e. sobre las que no hay casi nada escrito en España) consigue acercarnos a una realidad poco sospechada; y, en tercer lugar, porque las páginas de *Percusión e identidad* nos permiten realizar, de la mano de una buena narradora, un viaje imaginario pero rico en vivencias a los países del Bajo Aragón turolense.

(M.^a Isabel Jociles Rubio)

